

ejemplo de la más elevada santidad que le inspiraba aliento, y le daba esfuerzo, y le hacía caminar sobre las huellas del Hijo de Dios que descendió al mundo para enseñar á los hombres el camino del cielo; y José imitaba con tanta perfección los santísimos ejemplos de Jesús, que el Niño divino puede decirnos: Trabajad en mi servicio y amadme, como lo hizo José.

Este admirable y gloriosísimo Santo, trabajaba sin descanso por Jesús, vivía para su gloria, y adelantaba diariamente en perfección y gracia. Ni el cansancio, ni el fastidio, ni el descuido se apoderaban de su espíritu; su gozo en el Señor y su amor ardentísimo á Jesús eran las alas que elevándole sobre todo lo terreno, lo llevaban hacia Dios, para bendecirle y glorificarle con todos sus afectos.

¡Quién nos diera seguir con todo esfuerzo y constancia las huellas luminosas de José! Imitadme, nos dice, como imité á Jesucristo. Al oír esta voz de esfuerzo y consuelo, le dirigimos esta humilde plegaria: Alcanzadnos la divina gracia, tomadnos de la mano y conducidnos por las sendas que recorristeis en la vida. Vuestro glorioso y santo patrocinio, allanará las dificultades, sostendrá nuestros pasos vacilantes, y adelantaremos en los caminos del Señor, cantando la gloria de su gracia y bendiciendo las misericordias que, por vuestros ruegos, hemos recibido de la Bondad Divina, á quien damos todo honor y gloria.



CAPÍTULO IV

Las pruebas del justo.

I

GRANDE es el amor de Dios para con sus fieles servidores; mas ¿cuál es la prueba de ese amor, y de qué manera les revela Dios que son aceptos á sus divinos ojos? La prueba del amor es el sufrimiento, y este mismo revela que aquellos á quienes el Señor hace participantes del cáliz de su pasión, á quienes lleva por el camino de las penas, son aceptos en su divina presencia.

¿En dónde están los santos á quienes Dios haya prodigado en este mundo, no adversidades y contradicciones, no dolores y padecimientos, sino consuelos y delicias?

Caminan los santos hacia el cielo, y el camino del cielo no es la vía espaciosa de que habla el Evangelio sino la otra estrecha y difícil que tiene por término la vida eterna.

Tobías fué probado por Dios que le quitó la

vista, y esta privación le manifestó el amor que Dios le tenía: Porque eras acepto á Dios, le dijo el ángel san Rafael, fué necesario que la tentación te probase (1).

El amor de los padres á sus hijos, es en verdad grande y sincero, mas no por esto excluye la prueba del sufrimiento. No rehuses, hijo mío, la corrección del Señor, ni desmayes cuando El te castigue; porque el Señor castiga á los que ama, y en los cuales tiene puesto su afecto, como un padre le tiene en sus hijos (2). El Señor al que ama lo castiga, dice también el Espíritu santo, por san Pablo; y á cualquiera que recibe por hijo, le azota y le prueba con adversidades (3). *Los padres deben imitar esta conducta.*

El sufrimiento nos es indispensable para desprender el corazón de los afectos de la tierra. ¿Quién reprimiría esos afectos, si siempre les sonrieran en el mundo la fortuna, la salud, el bienestar, y todos los goces y delicias de la vida? La enfermedad y la pobreza, las mortificaciones, las amarguras y tristezas, se acercan á nosotros y nos dicen: Si queréis gozar de verdadera dicha, buscadla en otra parte y no en el mundo; buscadla sólo en Dios. Y los desengaños, y el abandono en que nos dejan los seres más queridos, y tal vez la traición y otras innumerables desventuras, nos repiten lo mismo. Buscad vuestra dicha en el Señor,

(1) XII, 13.

(2) Prov., III, 11, 12.

(3) Hebr., XII, 6.

que á nadie engaña, que jamás abandona, ni puede traicionar á los que le sirven; porque es fidelísimo para con todos, y en su santo servicio se hallan la paz, el consuelo y la verdadera dicha.

La semejanza con Jesucristo es un indicio de predestinación; mas el divino Salvador padeció por nosotros, dice san Pedro, dándonos ejemplo para que sigamos sus huellas. El cual no cometió pecado alguno, ni se halló dolo en su boca... Llevó la pena de nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz (1).

Ser parecidos á Jesucristo, es para nosotros una doble gloria, porque contiene, como acabamos de decirlo, una señal de predestinación, y satisface el más dulce y ardiente deseo de nuestras almas: llevar en nosotros la imagen de nuestro hermano primogénito que hizo tanto por salvarnos y á quien amamos con todo el corazón. Todos estos bienes los traen consigo los padecimientos. Por esto decía san Bernardo: La cruz puede amarse, y sus consuelos nos llenan de alegría. El árbol de la cruz germina la vida, produce el gozo espiritual, destila el bálsamo de los divinos consuelos y de toda gracia espiritual. No es árbol silvestre, sino de vida para aquellos que lo llevan con amor sobre sus hombros (2).

Hay, pues, en los padecimientos riquísimos tesoros de divinas gracias. ¿El Hijo de Dios los negaría á sus siervos? Es nuestro Maestro, y

(1) I. Epist. II, 21, 22, 24.

(2) In Vig. S. Andreae Apost.

con su ejemplo vino á enseñarnos, según lo hemos visto, el camino de la vida eterna, y lo hizo también con sus palabras. Dijo, en efecto, á los discípulos que se encaminaban á Emmaus, y que trataban de los padecimientos del Señor: ¿Porventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas esas cosas y así entrase en su gloria? (1). Y el Hijo de Dios, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia, y está sentado á la diestra del trono de Dios. San Pablo añadía á estas palabras, las siguientes: Considerad atentamente á este Señor que sufrió tal contradicción de los pecadores contra su misma persona; á fin de no desmayar perdiendo el ánimo; porque aun no habéis resistido hasta derramar la sangre, combatiendo contra el pecado (2).

Este es el camino que conduce al cielo: ¿habrá otro que nos lleve al mismo término que el que nos abrió Jesucristo, camino nuevo y de vida, en el cual se entra por el velo, esto es, por la carne del Hijo de Dios, que derramó su sangre por salvarnos? (3).

Consideremos ahora los padecimientos en su práctica, esto es, de qué manera debemos sobrellevarlos para que puedan servir á los designios de amor y de misericordia que tiene sobre nosotros la Providencia de Dios.

(1) Luc. XXIV, 26.

(2) Hebr., XII, 3, 4.

(3) Id. X, 19, 20.

Podemos llevar las cruces que el Señor nos mande con repugnancias y contradicciones; y sólo las llevamos porque no es posible arrojarlas lejos de nosotros. Semejante conducta no es cristiana; y aún más, es verdaderamente insensata. Tenemos, por una parte, culpa en no rendirnos á la voluntad de Dios; y por otra, las cruces y contradicciones que así resistimos, se hacen más pesadas y enojosas, nos atormenta el fastidio, y un malestar inquieto y turbulento se apodera de nosotros. ¿En dónde está la dulce paz de que gozaban los santos, en sus más terribles penas? No es otra mi gloria que la cruz de Jesucristo; me glorío en las tribulaciones. Quien quiera decir con verdad estas palabras, abrace con amor la cruz de Jesucristo.

Recíbense á veces los padecimientos con una resignación meramente pasiva. No queremos contradecir la voluntad de Dios, y nos sometemos á sus santas disposiciones; mas esto no impide que la tristeza nos oprima el alma. Esto, en verdad, no es lo más perfecto. Dicen los santos que los que así se portan se parecen á las vacas que llevaban sobre un carro el Arca de Dios: Estas iban vía recta por el camino que conduce á Betsámes, y seguían la misma ruta, tirando adelante y mugiendo, sin desviarse ni á la derecha ni á la izquierda (1): *Pergentes et mugientes*.

Si ésta ha sido hasta ahora nuestra conducta, ¿no tendremos de qué avergonzarnos?

(1) I. Reg., VI, 12.

Podemos, finalmente, recibir las cruces con que el Señor se digne agraciarnos, con alabanzas y acción de gracias, y rebosando nuestras almas en gozo espiritual. El Señor, decimos, nos franquea sus más ricos tesoros, reservados para las almas que le son más queridas. ¿Con qué podré pagarle esa prueba de tan tierno y distinguido amor para conmigo? Y abrazamos la cruz, y la ponemos sobre el corazón, y le prodigamos mil caricias, y exclamamos penetrados de un grande entusiasmo: Padecer ó morir.—Padecer y no morir.—Padecer y ser despreciado por Jesús.

Podemos todavía señalar una conformidad, si cabe decirlo, aún más perfecta que la que acabamos de indicar: *adhuc excellentiorem viam vobis demonstro* (1). Ha habido santos en la Iglesia de Dios, que no se han contentado con recibir los padecimientos cuando éstos se presentan, sino además, los van buscando á todas partes, aun por las plazas y las calles; tienen hambre de ellos, y no quedan satisfechos sino al sentirse bajo el peso de los más terribles dolores y de toda suerte de penas.

A las delicias y á la gloria que han hallado los santos en la cruz de Jesucristo, han añadido algunos de ellos el más ardiente deseo de los padecimientos, y han exclamado: Vengan sobre nosotros el fuego, la cruz, las bestias, la fracción de los huesos, la división de los miembros, el quebrantamiento de todo el cuerpo, en una palabra, todos los tormentos del diablo, con tal de gozar

(1) I. Cor., XII, 31.

de Jesucristo.—Esos ardentísimos deseos, esas llamas purísimas y santas del amor divino, llevaban á los amadores de la cruz, en busca de padecimientos. Veían á su amado entre dolores, y querían padecer juntamente con su Majestad.

Sómos unos miserables, y temblamos al oír el nombre de cruz; mas ¿por qué no pensar que no estaremos solos en las tribulaciones y en los padecimientos, y que el Señor nos dará su gracia para sobrellevarlos provechosamente? Confiemos en Dios y besemos con amor las cruces que se digne enviarnos.

Los auxilios de la divina gracia con que Dios nos socorre en los padecimientos, y su dulce y amorosa compañía cuando caminamos por las amargas sendas del dolor, son para nosotros motivo de indecible consuelo, y de una dicha que nos es desconocida si no la descubre el sufrimiento; mas llega éste, y entonces el Señor nos dice: *Cum ipso sum in tribulatione*. Al escucharlo, una indecible alegría llena nuestras almas y nos hace exclamar: ¡Bendita sea mil veces la cruz de Jesucristo! Oh buena cruz, santa y bellísima con la santidad y la hermosura que recibiste al contacto del purísimo cuerpo del Señor. Siempre has sido el objeto de todos mis deseos; te he amado con ternura, te he buscado por doquiera; y ahora veo que estás preparada para recibirme; sí, recíbeme en tus brazos y ponme á los pies de mi Maestro; y por ti me recibas, quien por ti se dignó redimirme.

II

Para los que aman verdaderamente la cruz del Señor, esa cruz se convierte en palma de triunfo y en corona de gloria. Y Jesús, que tanto amó á su padre putativo, ¿le negaría esa palma, y no ceñiría su frente con esa corona de gloria?

Oigamos ahora lo que nos dice el Evangelio sobre el particular: que estando María desposada con José, éste conoció que su esposa había concebido; y siendo justo, y no queriendo infamarla, quiso dejarla secretamente (1).—Esta fué la terrible y pesadísima cruz que Dios puso sobre los hombros de José. ¿Cuál fué la conducta de nuestro Santo en tales circunstancias? Lo que sus ojos le testificaban era para él un misterio lleno de obscuridad y cuyas tinieblas sólo Dios podía disipar. Mas entre tanto, ¿quién podrá decirnos hasta dónde llegaron la angustia y la amargura del corazón de José? Trátase del ser más querido, del que formaba todo el encanto y las delicias del castísimo Patriarca.—No ignoraba quién era su esposa: Virgen inocentísima y espejo sin mancha de toda santidad, era la gloria de su esposo... mas ¡ay dolor! ¿en dónde están ahora su encanto, sus delicias y su gloria? la santidad de María trata de contener aquellos pensamientos, que á pesar de todo producen en el alma de José una pena indecible. El amor con todas sus ternuras, llora inconsolable, y

(1) Matth., I, 18, 19.

la justicia, la perfecta y elevada virtud de José le imponen un deber ineludible, dejar á su esposa.

José pone de nuevo sus ojos en María, y la luz de su virtud incomparable le llena de respeto y de una veneración muy profunda, y se cree indigno de estar en compañía de aquella Virgen inmaculada y sacrosanta, que era su esposa, y quiere dejarla, dice san Basilio (1).

¿Cuál es, preguntamos de nuevo, la conducta de José en este tiempo de tan amarga prueba? guarda el más profundo silencio; no se deja llevar de ningún arrebato á que pudiera impulsarle el corazón; se resigna enteramente en las manos de Dios, á quien pide luz y consejo, fortaleza y acierto.

El Evangelio presenta á nuestro glorioso Santo con una serenidad imperturbable y con la paz de la justicia. *Haec autem eo cogitante*; piensa muy despacio y medita, sin que nada le perturbe, en un negocio que pudiéramos llamar de vida ó de muerte. Si esto nos parece inexplicable, tengamos presente que en medio de las obscurísimas tinieblas que envuelven el alma de José, en lo más profundo del corazón de nuestro Santo, Dios está presente para sostenerle y dirigirle, para impedir que la turbación y la inquietud puedan estrellarle contra algún escollo. Dios le hará sufrir, y hará también, si se quiere, que lleguen sus padecimientos hasta el último extremo. José, el humildísimo José, en tales circunstancias buscará su consuelo en el Señor, y le dirá como David: *Sálvame, oh Dios,*

(1) Apud. Alapide.

porque las aguas de la tribulación han penetrado hasta mi alma. Estoy sumergido sin hallar donde afirmar el pie.—Llegué á alta mar y me sumergió la tempestad (1).

Marcha el Señor entre tempestades y grandes torbellinos, y debajo de sus pies se levantan nubes de polvo, decía un Profeta; y añadía: amenaza al mar, y el mar queda seco, y á los ríos los convierte en árida tierra. Hace estériles las fértiles montañas de Basán y del Carmelo y que se marchiten las flores del Líbano. Hace estremecer los montes y deja asolados los collados: tiembla la tierra en su presencia, y el orbe entero y cuantos en él habitan. ¿Quién podrá sostenerse cuando deje ver su indignación; ó quién será capáz de resistirle en sus terribles iras?; porque su cólera se derrama como el fuego, y en un instante derrite los peñascos (2).

Nada de esto puede referirse á nuestro Santo, sino las siguientes palabras del mismo Profeta: El Señor es bueno, es el consolador de sus hijos en el tiempo de la tribulación; y conoce y protege á los que ponen en El su esperanza (3).—La bondad de Dios no abandona á José: el Señor es bueno, y es el consolador de aquel su fidelísimo siervo, su hijo muy amado, que en El ha puesto toda su confianza.

Admiran sobremanera la prudencia y la humildad de José; la primera no le deja obrar precipita-

(1) LXVIII, 2, 3.

(2) Nahum., I, 3-6.

(3) Ibid., 7.

damente; le ilumina y conserva en él la serenidad del corazón. La humildad, por su parte, hace que José levante sus miradas al Señor, y pone en los labios del afligido esposo esta flébil y ardiente plegaria: Oh Dios nuestro... No sabiendo lo que debo hacer, no me queda otro recurso que volver á ti mis miradas (1).—Dios nuestro Señor que escucha con agrado la oración de los humildes, y que ha dicho que no pondrá sus ojos sino en el pobre y contrito de corazón, y en el que oye sus palabras con temor (2), ¿dejaría de escuchar los ruegos de José? Era, sin embargo, indispensable que José caminase por la senda de la tribulación, que fuese sumergido en las aguas más amargas del dolor, que anduviese por en medio del fuego; porque de esta manera prueba Dios á sus siervos, cuyas santísimas virtudes adquieren, con pruebas semejantes, una perfección incomparable.

No temamos que Dios le abandone: Cuando pasares por medio de las aguas, dice el Señor, Yo estaré contigo, y no te anegarán sus corrientes; cuando anduvieres por medio del fuego, no te quemarás, ni la llama tendrá sus ardores contra ti; porque Yo soy el Señor Dios tuyo, el Santo de Israel, tu Salvador... después que te hiciste estimable y glorioso á mis ojos, Yo te he llamado... no temas, porque Yo estoy contigo (3).

¡Qué palabras tan llenas de amor y de consue-

(1) II. Paralip., XX, 12.

(2) Isai., LXVI, 2.

(3) Ibid., XLIII, 2-5.

lo, tan llenas de ternura! Salieron de los labios del mejor de todos los padres que nunca se deleita en la perdición de sus hijos, sino que después de la tempestad les da bonanza; y en pos de las lágrimas y de los suspiros les infundió una dulce alegría (1).

Yo estoy contigo, yo te amo. José, al oír en el fondo de su alma estas palabras, se sentía revestido de una fortaleza inquebrantable, inclinaba su frente, llamaba en su auxilio la paciencia, se entregaba en manos de la voluntad divina, bendecía las disposiciones de la Providencia del Señor, y lleno de consuelo descansaba sin temor ninguno en el seno amoroso del Eterno.

De san Juan Evangelista se refiere que salió más puro y hermoso de la caldera de aceite hirviendo á la que le habían arrojado por el testimonio de Jesucristo; lo mismo, sin duda alguna, pasó con el castísimo Patriarca: antes de su amarguísima tribulación era justo, era santo delante del Señor; después de ella, la justicia y la santidad de José resplandecieron con nuevos encantos y bellezas; y la perfección de todas sus virtudes se elevó hasta el trono del Señor, y José cantó con nuevo y esforzado aliento, la gloria y la virtud de la divina gracia.

Dejemos que el Señor le aflija y que le colme de desolación y de amargura, ya que aquellas penas, sobrellevadas con tanta perfección, serán á Dios tan agradables, y granjearán á nuestro Santo un peso inmenso de divina gloria.

(1) Tob., III, 22.

Pasó por fin para José la terrible tempestad, y vino la bonanza; también pasaron las tristes lágrimas y la aflicción profunda; y vinieron las bendiciones y los consuelos de Dios. Pensando José en el asunto de que hemos tratado, se le apareció en sueños, dice el Evangelio, un ángel del Señor, y le dijo: José, Hijo de David, no temas recibir á María tu esposa; porque lo que ha nacido en ella es obra del Espíritu santo. Dará á luz un hijo á quien pondrás el nombre de Jesús; pues El es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados. Y todo esto fué hecho para que se cumpliese lo que pronunció el Señor por el Profeta, en estos términos: Hé aquí que una Virgen concebirá y dará á luz un Hijo á quien pondrán por nombre Emanuel, que significa Dios con nosotros. José al despertarse hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado, y recibió á su Esposa (1). Los sentimientos que produjeron en el alma del santísimo Patriarca las palabras del ángel, nos revelan la gran virtud de nuestro Santo: el rendimiento más cumplido y la más perfecta obediencia; todo se olvida enteramente, y la paz del Señor corona los triunfos de José.—Su gratitud para con Dios nuestro Señor fué muy grande. Ser enriquecido con el tesoro del cielo y de la tierra, con la divina Madre que Dios le dió por esposa... ¿Con qué pagaría tan preciosa y excelente dádiva? Podría decir estas palabras, pensando en María: La preferí á los reinos y á los tronos; y en su comparación tuve por nada las riquezas, ni

(1) Matth., I, 20-24.

comparé con ella las piedras preciosas, porque todo el oro, respecto de ella, no es más que menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo. La amé sobre la salud y la hermosura; y propuse tenerla por luz, porque su resplandor es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas... Es un tesoro infinito para los hombres, y á cuantos se han valido de él, los ha hecho participantes de la amistad de Dios (1).

El mérito de la Virgen Santísima, muy grande había sido, hasta entonces, á los ojos de José, pero después de la revelación del ángel, María fué para su esposo, como una maravilla celestial, resplandeciente de santidad y de pureza y la más perfecta de todas las criaturas. ¿Pondría sus miradas el santísimo Patriarca, en aquel espejo sin mancha ninguna, en la esposa inmaculada y sacratísima del Espíritu divino? Sí, las pondría; porque Dios se la había dado por esposa; y si al mirarla quedaba como absorto por la celestial belleza de María, José, lleno de reconocimiento y gratitud, daba gracias al Señor, que le había enriquecido con una esposa tan santa.

Al sentimiento de la gratitud, añadía el santísimo Patriarca el de la humildad más sincera y profunda.—Cuando la Virgen Santísima entró en casa de Isabel, ésta exclamó: ¿De dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?—A su vez nuestro Santo exclamaría también: ¿De dónde á

(1) Sap., VII, 8-11, 14.

mí el tener por esposa á la Madre purísima de Dios? Y la dignidad infinita de la Virgen Santísima se presentaría á los ojos de José resplandeciente de luz y con la majestad inconcebible de una grandeza perfectísima y sagrada. ¿Diría que no era digno de poseer aquel riquísimo tesoro; de ser el esposo de la que era el Santuario de Dios y la maravilla de los cielos y de la tierra? Así lo aconsejaba á nuestro Santo su profunda humildad; y sin embargo, Dios le había colmado de gracias y virtudes, le había preferido á todos los mortales para aquella dignidad singularísima de esposo de María; y José, en verdad, era muy digno de serlo.

¡Cuánto tenemos que aprender en la conducta de José! La fidelidad en las cruces que el Señor se digne mandarnos, recibíendolas con una perfecta sumisión, bendiciendo á Dios por esas pruebas y por el amor que nos tiene, y dándole gracias porque no se olvida de nosotros, sino que nos lleva por la senda de los padecimientos, que es el verdadero camino que conduce al cielo; y en fin recibiendo cuanto Dios se digne mandarnos, con una santa alegría, y gloriándonos en los dolores, en las amarguras, en las contradicciones, y en todas las penas, que constituyen, aquí en la tierra, la preciosa herencia de sus escogidos.

